

Capítulo III. Particularidades del nacionalismo japonés.

In Japan, as elsewhere, insularity, a sense of isolation, and the resultant paranoia, persecution mania, and the belief in uniqueness, all combine to lead nationalism into dangerous channels.

Ivan Morris, 1960.

1. Japón y los límites del nacionalismo.

La unidad nacional del Japón es el resultado de la explotación de figuras y elementos ancestrales; la combinación de historia y mito provee de fuertes pilares ideológicos a una sociedad que suscribe su cosmovisión a través de elementos y costumbres básicos, acuñándose así la idea del *kokutai* –carácter nacional- en la mente del pueblo japonés. Igualmente, debe ser observada su insularidad como otro importante elemento de la unidad nacional pues ésta le ha permitido tener una pureza racial, una continuidad imperial y, hasta cierto punto, una ausencia de conquistas por parte de los países vecinos y potencias extranjeras. La fuerza con que dichos elementos han interactuado a lo largo de la historia japonesa varía debido a diversas presiones, tanto al interior como al exterior, que la nación ha enfrentado; no obstante, la exaltación de lo nacional es un elemento que, tanto en manos de líderes políticos como del pueblo en general, es parte del discurso japonés.

La institución imperial del Japón es, indudablemente, una de las más antiguas en el mundo contemporáneo; dicha institución ha sufrido numerosas modificaciones a través de su historia pues la evolución social interna, así como la del contexto internacional, han demandado su reajuste y revaloración. La fuerza que dicha institución aporta a la nación japonesa es innegable, y es por ello que la

imagen del Emperador fue utilizada en beneficio del engrandecimiento y la cohesión nacional a lo largo de diferentes momentos de la historia japonesa. El shintoísmo, además de respaldar la imagen imperial, ha contribuido en gran medida a la configuración de la identidad nipona; las normas de comportamiento, el actuar en el interés común, así como el respeto y abnegación ante los superiores, dictan el orden jerárquico y de sacrificio que la sociedad japonesa ha profesado desde sus orígenes.

Entre los comportamientos que el shinto considera como valiosos se encuentran la protección y preservación de la tradición y la familia, así como el respeto incondicional por los superiores –*amaeru*-, aceptación de responsabilidad y culpa –*summai*-, disciplina –*kuntou*-, honor –*giri*-, etc. (Doi; 1962: 132-133). La connotación dada a estos términos en el discurso nacional japonés varía, inevitablemente, a través de su historia, de acuerdo con el contexto y las capacidades nacionales; ya de ello que dicha terminología aparezca frecuentemente en las campañas y literatura nacionalistas –*nihonjinron*- exagerando las cualidades y originalidad japonesas.

Japón ha mantenido su nacionalismo a pesar de las diversas amenazas de las que éste ha sido objeto a lo largo de historia e, incluso, ha consentido el desarrollo de dicho nacionalismo hasta el punto de erigirse como una amenaza para las naciones que le rodean. El aislacionismo impuesto por los *shogunes* –gobernantes militares- como medida de protección ante potencias extranjeras, la posterior renovación política en busca del desarrollo, la creciente capacidad bélica y de intimidación de la que Japón llegó a gozar, la derrota y humillación

internacional y el consecuente auge económico en la escena internacional, son sólo algunos de los momentos más importantes de los que el nacionalismo japonés ha sido motivo.

1.1. Aislacionismo y seguridad: *Shogunato Tokugawa*.

Al régimen que se estableció en Japón desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX, se le conoce como *Shogunato Tokugawa*. A lo largo de este periodo los *shogunes* y los *daimyo* –grandes señores feudales- establecieron las bases de un nuevo régimen feudal dual con los primeros como la autoridad nacional y los segundos como gobernadores regionales (Hall; 1997: 151). Se instituyó una complicada jerarquía de lealtades de la cuál dependerían, directamente, la estabilidad y seguridad nacionales. Con el *shogunato* se creó un mecanismo de control que institucionalizó la supremacía del *shogun* sobre el Emperador, quien garantizaba la legitimidad de su poder a cambio de un estipendio anual, así como la protección del monarca y de su corte de autócratas (Tanaka; 1991: 135).

De acuerdo con la estructura jerárquica impuesta por el *shogun*, cada señor mantenía a un grupo de vasallos guerreros –*samurais*- proporcionándoles parte de su feudo o un estipendio anual quienes, a cambio, le prestaban un servicio, ya fuese militar o civil. La supremacía político-militar del *shogun* sobre los señores feudales dejaría en claro las responsabilidades que cada uno de los niveles de la sociedad debía asumir, mientras la cohesión y desarrollo nacionales eran consolidados. Con la adopción de la política de aislamiento del país, que constituyó uno de los principios políticos del gobierno de los *Tokugawa*, se buscó tener el monopolio de las relaciones exteriores, especialmente del comercio

exterior; no obstante, su adopción también se explica también por el temor hacia una acción conquistadora, oculta tras la actividad misionera, y la posibilidad de que los señores subordinados formaron una alianza con los extranjeros en contra del *shogun* (Tanaka; 1991: 138-140).

El carácter conservador y restrictivo del régimen *Tokugawa* era evidente. El *shogun* rechazó a los extranjeros y encarceló a todo aquél que criticara la política exterior oficial del aislamiento y señalara la necesidad de establecer relaciones con el exterior. En apoyo al *shogun*, surgieron entonces grupos conservadores o nacionalistas radicales que abogaban por la política de rechazo a los extranjeros y por la necesidad de venerar al Emperador como el alma del país divino (Hall; 1997: 159); de igual forma, emergieron diversos movimientos populares y algunas tendencias por parte de intelectuales y estudiosos, que se concentraron en el desarrollo de templos y en la investigación de textos mitológicos antiguos, cuestión conocida como la escuela del *kokugaku* –aprendizaje nacional-. El *kokugaku* es una reacción nativista y una afirmación de la cultura indígena de Japón (Yoshino; 1992: 46) que se preocupa por el resurgimiento del Shinto puro y la veneración del Emperador.

Bajo las condiciones del aislamiento, se emprendió la tarea de modernizar las fuerzas armadas mientras el consecuente desgaste económico, así como el descontento social, condicionarían el desarrollo y crecimiento japonés. No fue sino hasta mediados del siglo XIX que la política aislacionista fue finalmente abolida lo que, además de ser duramente criticado por los nacionalistas radicales, impactaría a la sociedad japonesa ante los progresos logrados por otras naciones.

Fue así como el gobierno japonés entró en contacto con los Estados Unidos (EE.UU.) y otras naciones europeas a través de acuerdos desiguales, pues reconocían la extraterritorialidad para los extranjeros quienes aplicaban unilateralmente otras cláusulas en beneficio de las potencias europeas y no del Japón (Tanaka; 1991: 165).

La gran inflación desencadenada acrecentaría el descontento social. Ya que el *shogunato* había concluido los tratados desiguales sin el consentimiento del Emperador, hubo una fuerte reacción por parte de los nacionalistas radicales y otros grupos que, alarmados por la posibilidad de una intervención extranjera, hicieron grandes esfuerzos por unificar las fuerzas anti-*shogun* de los señores feudales, con la de los *samurais* revolucionarios dedicados a la causa nacionalista y de la burguesía urbana y rural que simpatizaban con su causa (Tanaka; 1991: 170). Con la posterior afirmativa del Emperador para deponer la fuerza del *shogun*, se abriría una nueva etapa en la historia japonesa.

1.2. Renovación y crecimiento: el Japón de la era *Meidyi*.

El aislacionismo en el que se había hundido el Japón durante largos años encontró su fin a mediados del siglo XIX, tras advertir el enorme retraso político-económico que imperaba en la isla al compararla con los países de Occidente. Durante el *shogunato* no se había consolidado una unidad nacional centralizada, pues los diversos clanes se sometían en diferente grado al *shogun*, imposibilitando una verdadera unidad nacional. La transformación social interna, así como incesantes problemas económicos que dificultaban el desarrollo, demandaban cambios radicales en las decisiones políticas de un Estado que, tras

la delicada revaloración de sus prioridades y la inevitable imposición de un nuevo régimen de gobierno, habría de conducir al Japón al pleno desarrollo y poderío político internacional en tan sólo unos años. A este periodo de consolidación del Japón se le conoce como la Renovación *Meidyi*.

La Renovación fue todo un proceso, tanto al interior como al exterior, que comenzó por restaurar el poder de la vieja institución imperial que, por largos años, había perdido su influencia y poder político ante los *shogunes*. Los líderes de la Renovación se empeñaron en desarrollar el culto o la veneración al Emperador, para hacer de éste el símbolo de la unidad nacional que garantizaría la lealtad masiva (Martínez; 1991: 189) necesaria para la estabilidad. El *Shogunato Tokugawa*, habiendo condenado al Japón a un aislacionismo internacional, no logró consolidar su poderío político tras la demanda social interna que, evidentemente, se modificaba día a día mientras sus instituciones de control permanecían estancadas; conscientes de la necesidad de un gobierno nacional fuerte, capaz de controlar los desórdenes internos y de crear una política unificadora, los jóvenes *samurai*, financiados por los grandes comerciantes, completaron la revolución política entre 1867 y 1889 restaurando al Emperador como gobernante supremo mientras posibilitaron el desarrollo de un gobierno constitucional centralizado, pero no democrático (Martínez; 1991: 178).

La fuerza de la imagen imperial, fuertemente enraizada en mitos y creencias shintoístas, fue restaurada para consolidar y respaldar las políticas de renovación de los nuevos líderes. El Emperador quedaría así enfatizado como deidad suprema de la nación a través del *shinto*, un sistema de creencias utilizado

para fomentar la unidad nacional y que serviría para sentar bases de gran firmeza en la construcción de la identidad ideológica y filosófica del pueblo japonés gracias a que las prácticas espirituales shintoístas resaltan el hecho de que los dioses sirven como guardianes y protectores de las islas japonesas mientras dotan a la figura imperial de un estatus divino (Hardacre; 1989: 12).

Si bien el origen y seguimiento de los postulados shintoístas data de tiempos remotos en la historia japonesa, es de especial interés el empeño que se imprime en sus convicciones a lo largo de la Renovación *Meidyí*. El *shinto* se relacionó entonces con ideologías nacionalistas que los líderes samurai explotaron para lograr la unidad y la paz pues, la denuncia de la pureza de las tradiciones nacionales, así como de la divinidad de la familia imperial, ayudaron a enraizar un sentimiento de desconfianza hacia las prácticas extranjeras y a consolidar el marco idóneo para el desarrollo de la industria bélica al convenir en la singularidad y la defensa nacional. La respuesta popular fue inusitada, pues la adoración y admiración al Emperador garantizaron el apego de la sociedad al nuevo modelo político concebido por los líderes renovacionistas.

La posterior promulgación de una Constitución, otorgada por la figura imperial –pues se presentó como un regalo que el Emperador daba a su pueblo–, garantizaría el apoyo y obediencia necesarios que consolidarían el desarrollo nacional (Benedict; 1989: 80). La confianza depositada en el Emperador fue, consecuentemente, el enclave ideal para la instauración de nuevas políticas económicas y sociales que transformarían por completo la herencia *Tokugawa*; al atar su legitimidad política a mitos y figuras supremas, los líderes Meidyí buscaron

asegurar la superación del estancamiento económico y de la crisis social interna mientras, de forma inadvertida, se alimentaba el perfil militar-expansionista nipón. Omar Martínez Legorreta advierte las consecuencias de esta peculiar relación entre lo divino y lo nacional al afirmar:

[El shinto] fue la mezcla de mito e historia, leyenda y realidad, que hicieron los reformadores *Meidyi* para modelar un instrumento extraordinario para lograr la lealtad de las masas hacia la institución imperial y la persona del Emperador. (...) Dieron a Japón un sentido de unidad que le habría de servir no sólo para contrarrestar las ideologías extranjeras, sino también para años más tarde y bajo nuevas circunstancias, impulsar y llevar a cabo su propio proyecto nacional, hegemónico-expansionista... (Martínez; 1991: 190).

Cabe aquí señalar que un aliado involuntario de la Renovación lo fueron las potencias Occidentales quienes, al buscar la apertura de canales de comunicación para su comercio marítimo en el Pacífico, explotaban el evidente retraso que el Japón tenía ante ellos lo que, sin duda alguna, alimentó la necesidad de abandono de las políticas obsoletas del *Shogunato* (Hall; 1997: 263).

La presión de fuerzas externas -el enorme poderío con que éstas contaban y la posición poco ventajosa que Japón tenía ante ellas-, impulsó aún más al nuevo Estado a buscar la adopción de políticas que buscaran reducir el trato desigual que Japón recibía ante otros países. Por lo tanto, la Renovación no sólo significó la rápida creación de un Estado moderno, centralizado y absoluto, sino también la adopción de una economía moderna, capitalista-industrial, bajo el patrocinio y control de dicho Estado (Martínez; 1991: 177). Así, se destruyó formalmente al feudalismo como estructura política, mientras se impulsaba a los

samurai a entrar en el campo de los negocios y las finanzas lo que, si bien fue difícil para muchos, consolidó la industria sustentándola en redes conocidas como *zaibatsus* –grandes conglomerados industriales y financieros controlados principalmente por familias- que, gracias a su organización jerárquica, esquemas paternalistas y de control centralizado, buscaron obtener el trato de igualdad con las potencias Occidentales que tanto se deseaba.

Consecuentemente, el gobierno *Meidyi* creó nuevas instituciones que enfatizaban la movilización de recursos humanos y financieros que hicieron posible un proceso de industrialización que enriquecería al país, como precondition para fortalecer las capacidades militares (Knauth; 1992: 131). El desarrollo de las fuerzas armadas fue otro de los requisitos que los reformadores exigieron pues requerían de ellas para asegurar el orden interno y la posición de los nuevos gobernantes; es por ello que se terminó por poner especial énfasis en el desarrollo militar japonés, para erigir así fuerzas de defensa contra cualquier intento de invasión e impedir levantamientos en contra de las fuerzas renovacionistas (Hall; 1997: 257). Las nuevas elites de poder, compuestas por la familia imperial, la Cámara de los Nobles, el *genro* –grupo de ancianos que ejercía un liderazgo colectivo- y los líderes militares, buscaban consolidar una nueva imagen del Japón ante el mundo lo que lograrían, finalmente, hacia principios del siglo XX. Así, con una renovada confianza en sus instituciones políticas, el desencadenamiento de las fuerzas colonialistas japonesas no se hizo esperar.

1.2.1. Nacionalismo y *nihonjinron*.

Literalmente, *nihonjinron* significa “discusión de lo Japonés” y fue el nombre dado a la corriente literaria japonesa que, para finales del siglo XIX, intentaba definir la singularidad japonesa ante el mundo. El *nihonjinron* se caracteriza por tres principales consideraciones (Dale; 1986: i):

- a) asume, implícitamente, que los japoneses constituyen una entidad racial social y culturalmente homogénea, que ha mantenido su esencia virtualmente inalterada;
- b) supone que los japoneses difieren radicalmente de otros pueblos;
- c) es conscientemente nacionalista, exhibiendo una hostilidad conceptual y procesal a cualquier tipo de análisis que provenga de fuentes no-japonesas.

Busca así inculcar el respeto por los símbolos nacionales que evocan la unidad y la superioridad japonesas (Benedict; 1989: 87) a través de programas de difusión masiva y de educación que enfatizan los rituales shintoístas como el medio idóneo para lograr fortalecer la cohesión nacional; ya de ello que el *nihonjinron* se desarrollase enfatizando antecedentes históricos así como mitos antiguos pero, al mismo tiempo, haciendo hincapié en la necesidad de modernización del Estado (Knauth; 1992: 132).

Interesados en teorizar acerca de la sociedad y cultura japonesas contemporáneas y en formular los patrones distintivos del comportamiento japonés (Yoshino; 1992:50), los líderes políticos y, principalmente, los militares, se convirtieron en los exponentes distintivos del *nihonjinron*. Un primer elemento de gran valor utilizado por dichos exponentes, fue el resaltar la idea de que el *shinto*

representaba una forma de tener continuidad con un pasado glorioso, imperial y mítico. Este proceso de “invención de tradiciones” se concretó a un conjunto de prácticas con reglas tácitas o socialmente aceptadas, así como a una serie de rituales místicos que buscan inculcar una serie de valores a través de la repetición, dando origen a una tradición que vincula al individuo con la nación (Hardacre; 1989: 25). Con el *shinto* y el *nihonjinron*, la infinita obediencia al Emperador como jefe máximo, reconociendo su superioridad innata sobre todos los demás reyes del mundo, así como la expansión imperial y la defensa de la patria, como obligaciones morales del pueblo, se justificaba el dominio regional gracias a la superioridad moral que los japoneses pensaban tener sobre otros pueblos de la región. Las diferentes vertientes en las que el *nihonjinron* desemboca se anotan dentro de las siguientes líneas pues es imposible dejar de considerar la importancia que estas ideologías nacionalistas tuvieron sobre el desarrollo de la sociedad japonesa, así como el gran impacto del que llegaron a gozar como elemento aglutinante en la construcción social y política de la nación.

Primeramente, el “japonismo” tuvo como meta llevar a cabo los principios de la fundación de la nación, los cuáles debían ser basados en el espíritu de autonomía e independencia nacionales (Knauth; 1992: 149). Con un especial énfasis en la obligada lealtad que debe de guardarse hacia la figura imperial, el shintoísmo y las tradiciones sociales, el japonismo comienza a encontrar cabida entre las fuerzas militares japonesas, especialmente a través de afirmaciones como:

El Estado tratará de extender su fuerza imperial hacia el exterior, para salvaguardar su independencia, mientras que en el interior tratará de aumentar sus beneficios, manteniendo el orden a través de sus propias funciones (...) El japonismo no descuida las armas en tiempos de paz y trata de fortalecer día a día la unión nacional (Knauth; 1992: 153, citando a Chogyuu; 1900).

El japonismo afirma pues la singularidad nacional mientras traza los objetivos del Estado japonés, tanto al interior como al exterior. Por ello, con un pretexto moral atado a sus preceptos, el japonismo logró diseminarse no sólo entre las elites militares, sino también entre la sociedad misma al dotarla de una misión de protección y veneración de lo japonés; la difusión de esta ideología dejaría un impacto significativo en el ideario japonés, además de propiciar la adopción de principios chovinistas que resultarían en el aumento de su potencia militar.

En años subsecuentes, los postulados del japonismo se mezclaron con una nueva forma de nacionalismo, conocido como el “ideal de Oriente”; con este nacionalismo, la obsesión con la singularidad japonesa se hacía más y más evidente ante el contexto internacional que le rodeaba pues éste se empeñaba en sustraer los rasgos distintivos del pueblo nipón ante el resto del mundo:

La fortuna singular de poseer el linaje imperial, ininterrumpido a través de los siglos, el orgullo de una raza que jamás ha sido conquistada y su insularidad geográfica son elementos que le permitieron [al japonés] preservar las ideas ancestrales expandiéndolas, lo que ha hecho de la nación un verdadero depositario en el que se preservan el pensamiento y la cultura asiáticos (Knauth; 1992: 158, citando a Tenshin; 1910).

Se argumentaba entonces que gracias a esta singularidad, Japón no sucumbiría ante las potencias modernas, pues preservaría su integridad y apego a las tradiciones que le habían convertido en una nación única. El impacto que las

potencias Occidentales imprimieron en Japón incentivaría la modificación de estructuras políticas, económicas y sociales en favor del engrandecimiento nacional; de esta forma, se predicó que ninguno de estos cambios atentaría en contra del *kokutai* japonés, pues la revaloración de lo propio ante lo ajeno dejaría en claro la singularidad y originalidad nacionales.

Por lo tanto, las elites japonesas que evocaron la singularidad y el *nihonjinron* fueron altamente holísticas, pues su principal afirmación era que la sociedad japonesa era una entidad homogénea; ya de ello que se avocaran a explorar y describir los rasgos culturales del espíritu colectivo o de forma más específica, el comportamiento y pensamiento característico de las prácticas e instituciones japonesas (Yoshino; 1992: 63).

1.2.2. Nacionalismo y militarismo.

A partir de 1894, Japón entró en una nueva fase de sus relaciones internacionales que se inició con la guerra contra China y se consolidaría, once años después, con una victoria militar sobre Rusia (Hall; 1997: 278). La preocupación en Occidente por la victoria japonesa sobre China llevaría a varios países a condicionar los nuevos alcances político-militares del Japón, obligándolo incluso a la renuncia de varios de los territorios ganados; mientras tanto, al interior se desataban enfrentamientos políticos que terminarían por confirmar la posición militar dentro de los estratos superiores de gobierno que más tarde lograrían la victoria ante Rusia, una de las mayores potencias de la época. Se pondría así de manifiesto la potencia militar japonesa ante la mirada atónita de Occidente.

Las guerras contra China y Rusia habían exigido un esfuerzo nacional total. El reclutamiento había alcanzado a todas las clases; los periódicos y la propaganda del gobierno habían dramatizado el esfuerzo nacional y los objetivos nacionales por los que debían morir los japoneses. El Japón no sólo había desarrollado una impresionante máquina militar, sino que había creado también una nación unificada que prestaba su apoyo a aquella máquina y a su gobierno (Hall; 1997: 282) por lo que la fuerza militar ganó más prestigio ante la mirada social pues, la debilidad de los partidos y fuerzas políticas de la época, no lograba cosechar gran credibilidad.

Las fuerzas militares, muchas veces sin la aprobación del gobierno civil, comenzaron su propia guerra de expansión hacia el exterior mientras comenzaban a ganar terreno en la política interior. Con la Primera Guerra Mundial, Japón se convertía en el centro industrial más importante de Asia al satisfacer las necesidades de los países aliados que participaban en dicha Guerra (Martínez; 1991: 213) lo que creó nuevas condiciones para el desarrollo político y económico del país. Poco a poco, los escritos del *nihonjinron* adoptaron tintes ultranacionalistas y se volvieron base estructural de sociedades y grupos políticos que evocaban la unidad y consolidación japonesa a la cabeza de Asia.

Al final de la Guerra Mundial, a causa de las crecientes tensiones que se experimentaron a lo largo de los años veintes, diversas sociedades propusieron programas de reforma interna y expansión al exterior; algunas de ellas fueron: la Sociedad del Océano Negro –*Genyósha*-, la Sociedad del Dragón Negro –*Kokuryúkai*-, la Sociedad Patriótica Japonesa –*Nihon Kokusui Kai*-, y la Sociedad

para las bases del Estado –*Kokuhonsha*-; sus objetivos primordiales consistían en la preservación del “carácter nacional único” del Japón y en la prosecución de su “especial misión en Asia” (Hall; 1997: 302-303). Entre las facciones militares, impacientes con el mal funcionamiento político interno y la incompetencia de aquéllos que rodeaban al Emperador, se comenzó a diseminar la idea de subversión pues, de acuerdo con ellos, los objetivos de la Renovación *Meidy* eran traicionados por la incompetencia que rodeaba al Emperador.

Justamente, el pensamiento nacionalista-militarista sedujo a los estratos militares a través de sus ideas expansionistas que ponían en especial consideración la supremacía japonesa y su misión pacificadora, como quedaría asentado a través de la política nacional:

Nuestro espíritu marcial no tiene como objetivo la muerte del hombre, sino el llenarlo de vida (...) la Guerra, en este sentido, no está prevista para la destrucción, dominio o subyugación de los otros; todo lo contrario, pues es un medio para engendrar la armonía y la paz entre los pueblos (Gauntlett; 1963: 49, citando un fragmento de la Política Única Nacional; 1937).

La influencia militar en la política era ya evidente, pues sus preceptos se diluyeron con los estratos superiores de gobierno decretando una estrategia expansionista como la opción más deseable para el engrandecimiento y desarrollo japonés. La ideología que guiaba a los militares japoneses estaba basada en un nacionalismo correspondiente con las tradiciones de respeto por las virtudes militares de disciplina, devoción al deber, reverencia a los superiores, valentía y sencillez (Martínez; 1991: 226-227).

Igualmente, los líderes militares hicieron uso del *shinto* para movilizar al pueblo en servicio de los nuevos objetivos nacionales. El nacionalismo se inspiró así en la ideología shintoísta, adaptándola a una corriente ideológica conocida como “Shinto de Estado” que ganó gran terreno y aceptación entre la población civil; llevando a los principios shintoístas al extremo, el Shinto de Estado dotó al discurso japonés de tintes beligerantes y agresivos que, consecuentemente, impulsarían el desarrollo de la ideología militarista. Daniel Holtom estudia esta corriente ideológica en particular, advirtiendo su auge y perfeccionamiento a lo largo de las campañas de guerra en las que se embarcaría la nación japonesa:

Japón se avoca a la guerra en nombre del Emperador; todas las guerras de Japón son guerras sagradas. Los soldados que participan en estas guerras representan al Emperador y se santifican (...) de dos maneras: al participar en la causa militar que ha sido consagrada por el mandato divino imperial y al recibir una muerte gloriosa en el nombre de esta causa sagrada (Holtom; 1963: 54).

Se otorgaba entonces justificación de la guerra y de los enormes sacrificios por los que habría de atravesar el pueblo pues, para alcanzar su destino, deben estar listos para enfrentar las contrariedades:

El mayor ideal del pueblo japonés, debe ser predicado y difundido por todo el mundo. Todos los obstáculos que interfieran con ello deben ser destruidos con una fuerte determinación, no importando si es necesaria la aplicación de la fuerza (...) La misión japonesa será el pelear en contra de todos los actos incompatibles con las virtudes imperiales, sin importar que país sea responsable de dichos actos (Sadao; 1963: 71).

La conquista de Manchuria, así como la consecuente creación de Manchukuo en 1932, tuvo profundas repercusiones sobre la política interna de Japón, sobre su economía y sobre su posición en los asuntos internacionales; el sentimiento

nacionalista experimentó una enorme alza concibiéndose así un clima de patriotería que impulsó al país a adoptar nuevas acciones directas (Hall; 1997: 306). Las facciones militares desarrollarían su propio *zaibatsu* en Manchukuo, lo que les posibilitaría competir con las instituciones de poder interno y lograr su predominio sobre éstas en años subsecuentes.

La Segunda Guerra Mundial se desataría en Europa mientras Japón avanzaba en Asia. Para 1940, el gobierno aceptaría un Pacto Tripartita con la Alemania nazi y la Italia fascista, que le otorgaba un nuevo orden al Asia oriental mientras acordaba la protección mutua entre las tres naciones. Poco a poco, los militares se abrían paso en el gobierno, dando pie a una completa movilización para la guerra (Martínez; 1991: 234). La llamada “esfera de co-prosperidad Asiática”, con Japón a la cabeza, sería el objetivo primordial del nuevo gobierno constituido, principalmente, por las fuerzas militares nacionalistas quienes concebirían la ocupación de gran parte del sudeste asiático mientras declaraban la guerra a los EE.UU..

Ya en 1944 la derrota de Italia y Alemania en Europa era evidente, mientras la guerra continuaba en el Pacífico. Las fuerzas aliadas –EE.UU., Gran Bretaña, URSS, y en cierta forma China- propusieron al Japón adoptar la Declaración de Postdam; en dicha declaración se enlistaban una serie de requisitos, de entre los cuáles la destitución de las fuerzas militares del poder, la limitación de la soberanía japonesa y la destrucción de las industrias de guerra, no parecían acordes a los deseos de las fuerzas armadas (Martínez; 1991: 239). No pasarían muchos días para que Japón capitulara ante la fuerza atómica de los

EE.UU. y los aliados, lo que daría fin a las políticas nacionalistas-militaristas, así como a las tendencias expansionistas que habían madurado en la política interna japonesa.

1.3. Ocupación e imposición: ¿Nacionalismo en decadencia?

La victoria militar de las fuerzas aliadas marcó el fin del militarismo japonés que profesaba la expansión territorial e ideológica en Asia. La empresa bélica japonesa y el autoritarismo gubernamental que habían dado pie al expansionismo japonés abrieron entonces paso a la ocupación norteamericana que recetó la adopción y práctica fiel de principios democráticos y liberales a una sociedad moral y económicamente desgastada. Tras la firma de los documentos de rendición japonesa, los norteamericanos tomaron por su cuenta el ejercicio militar, político y administrativo de la ocupación aliada en el Japón (Lozoya y Kerber; 1991: 247). Si bien la ocupación efectiva sólo duró siete años -1945 a 1952-, esculpió el perfil del Japón moderno condenándolo a permanecer como aliado estratégico en la región asiática. EE.UU. determinó los lineamientos básicos de la política a seguir durante la ocupación, aspectos que marcaron de sobremanera el rumbo de la política contemporánea en el Japón. Entre dichos lineamientos destacan: la creación y preservación de organizaciones democráticas y representativas; la consolidación de una economía que le permitiera satisfacer las necesidades imperantes de reconstrucción y el asegurar que el Japón no volviese a convertirse en una amenaza por lo cuál se debía desarmar y desmilitarizar completamente (Hook et. al.: 2001, 85).

Consecuencia inmediata de la derrota militar fue la desaparición de la ocupación japonesa sobre otras naciones asiáticas, lo cuál significó la reducción considerable de materias primas y recursos alimentarios a disposición de los japoneses; aunado a ello, la destrucción de más del cuarenta por ciento de las zonas urbanas y la resultante suspensión del comercio con el exterior, causaban el derrumbamiento de la producción industrial generando desempleo e incertidumbre generalizados (Lozoya y Kerber; 1991: 244). Las fuerzas de ocupación, resueltas a evitar el rearme de Japón, paralizaron la industria bélica mientras el pueblo observaba decepcionado la entrega del Imperio.

La cuestión de qué hacer con el Emperador dio origen a un gran debate entre las fuerzas de ocupación. Algunos suponían la eliminación automática de la figura imperial mientras otros insistieron en conservar la institución como requisito esencial para mantener estable a la sociedad japonesa (Lozoya y Kerber; 1991: 248). El que las fuerzas de ocupación decidieran mantener la figura imperial fue una difícil decisión pero, conscientes de la necesidad de garantizar el apoyo del pueblo a las nuevas políticas, decidieron conservarla. En consecuencia, fue dada convicción legal a la negación de la divinidad del Emperador con la nueva Constitución –específicamente, a través del Capítulo 1- (Morris; 1960: 18); la institución imperial no sería ya la misma. De igual forma, se fundamentó la demanda del desarme japonés –a través del Capítulo 9- tras garantizar, formalmente, la renuncia a la guerra y a las armas.

Así, la ocupación traía consigo una serie de políticas que, directa o indirectamente, atacaron elementos e ideales nacionalistas en Japón en los

niveles ideológico, político y económico. Para minimizar los principios del nacionalismo japonés, el sistema educativo fue el primer objeto de ataque prohibiendo la enseñanza de toda ideología militarista y nacionalista. La propaganda del shinto de Estado, así como el uso de ciertos símbolos nacionalistas conectados con ideas militaristas, habrían de desaparecer de la escena pública. Más importante aún fue el hacer que el Emperador mismo hiciera una declaración aceptando la derrota incondicional y denegando su carácter divino, removiendo así las principales características ideológicas del nacionalismo tradicional japonés (Morris; 1960: 2-5). La consecuente purga de elementos nacionalistas de las instituciones gobierno, así como la disolución de todas las organizaciones nacionalistas, terminarían por desmembrar el militarismo japonés.

Muchos oficiales japoneses de altos rangos se opusieron a la idea de la derrota mas, una vez que las circunstancias probaron trabajar en su contra, se sintieron obligados a someterse; algunos de ellos vieron en el suicidio la única solución honorable ante el agonizante dilema de tener que elegir entre los principios que habían, hasta ese momento, inspirado sus pensamientos y acciones: el principio de seguimiento incuestionable de los deseos del Emperador y el de defender la tierra divina (Morris; 1960: 26). Otras unidades militares, argumentando que el edicto imperial era falso, organizaron revueltas ante las fuerzas de ocupación. Indudablemente, el impacto de la derrota debilitó el nacionalismo japonés de forma importante pues el mero hecho de perder la guerra sirvió como un ataque casi fatal en toda una red de ideales nacionalistas.

La posterior disolución de los grupos económicos poderosos del Japón removió un segundo núcleo del que el nacionalismo extremo había dependido. El establecimiento de instituciones de gobierno responsables, democráticas y representativas, así como el apego a principios económico-liberales y mercantilistas, depuró las estructuras monopolísticas que habían ofrecido el marco adecuado para el expansionismo japonés (Lozoya y Kerber; 1991: 247-249). La promulgación de la Constitución dejaría en claro los objetivos norteamericanos. Con ella, se consolidaba en la figura imperial la cohesión necesaria para el cambio político mientras se fundamentaba la igualdad y la democracia como fuerzas impulsoras del engrandecimiento económico. De igual forma, con la firma del Tratado de Seguridad entre EE.UU. y Japón en 1951 –y sus posteriores revaloraciones-, donde el primero asumía el compromiso de defender al segundo quien permitía el estacionamiento permanente de fuerzas norteamericanas en su territorio (Hook et. al.; 2001: 14), ambas partes quedaron atadas en una relación de dependencia en materia de seguridad lo que, debido al conflicto ideológico que los EE.UU. habría de sostener con la Unión Soviética, le implicó al Japón una separación tácita de su vecino soviético.

Como consecuencia directa de los estrechos lazos con Norteamérica, el nacionalismo comenzó a resurgir de manera paulatina; la intensificación de la Guerra Fría, condicionando al Japón a mantenerse alineado con los norteamericanos, así como el rechazo a la imposición de estructuras occidentales, comenzó a dar voz a grupos nacionalistas que alegaban que la democracia liberal era incapaz de llenar el vacío ideológico resultante del rompimiento de la

concepción integral de *kokutai*, pues no había en ella suficiente poder para tomar el lugar del sentido de una misión nacional (Morris; 1960: 392-393). Este nuevo nacionalismo anti-occidental se abriría paso entre la población más joven del Japón –ajena a los traumas de la derrota- argumentando la supremacía y singularidad japonesas ante el resto del mundo. Con el paso de los años, Japón respondería con un importante desarrollo económico y social, lo que permitiría un nuevo desenvolvimiento del nacionalismo, como se anota en las líneas a seguir.

1.4. Las dos caras del nacionalismo contemporáneo.

El nacionalismo japonés originalmente dependía de lealtades, tradiciones, sentimientos paternalistas y mitos nacionales. Con la Renovación *Meidyi*, el nacionalismo logró difundirse a través de la educación y la propaganda, logrando destruir las barreras feudales del *shogunato* y crear un sentido de unidad nacional, lealtad al gobierno central y el entusiasmo por una misión nacional de engrandecimiento. Con el colapso del militarismo japonés y de la misión nacional, el nacionalismo fue liberado de la fuerza central que lo había dirigido y fue automáticamente disperso en sus fuentes originales, es decir, la familia, los pueblos y pequeños grupos locales (Morris; 1960: 392-393). Los nuevos principios neoliberales y pacifistas que la Constitución dictó, obligaron al Japón a reevaluar los principios de cohesión y singularidad nacional que por tanto tiempo había pregonado. Consecuentemente, el nacionalismo extremo perdería su fuerza tras la derrota ante Occidente, dando cabida al surgimiento y desarrollo de nuevas ideologías nacionalistas entre la sociedad.

Así, las aspiraciones para una mejor vida material comenzaron a tomar el lugar de los ideales nacionalistas tradicionales. Las demandas por una vida decente y seguridad razonable llegaron a ser lo más importante para el japonés, por lo que la mejora material en su vida diaria reemplazó las antiguas metas de expansión nacional (Morris; 1960: 382). Diversos grupos políticos comenzaron a desarrollar sus plataformas electorales sobre la base de preceptos e ideas liberales, tratando de llenar así el vacío dejado por el nacionalismo de pre-guerra. Convencidos de la imposibilidad de enriquecer al país a través de la expansión militar, los líderes se avocaron a lograr consolidar la competitividad económica japonesa ante el mundo (Vogel; 1998: 755), abriendo así nuevas dimensiones a la ideología nacionalista a través de la vía económica.

El impresionante desarrollo económico logrado por Japón a lo largo de las décadas subsecuentes fue logrado, entre otros motivos, gracias al ímpetu que los japoneses invirtieron en la reconstrucción nacional; la dedicación y la lealtad, aptitudes heredadas de las tradiciones de antaño, mucho tuvieron que ver con el éxito cosechado por Japón. En aquel momento, el nacionalismo se transformó, adoptando para sí principios e ideales económicos con el fin de elevar, nuevamente, al Japón por sobre los demás países; los japoneses comenzaron a considerar que, para lograr la estabilidad y distinción nacional, había que dar prioridad a las cuestiones económicas, dictando así un nuevo camino hacia un nacionalismo del tipo económico.

Con su nacionalismo económico, los japoneses vislumbran a su nación como un líder mundial, asistiendo a los países en vías de desarrollo y mostrando

un rol activo en diferentes foros internacionales anteponiendo su interés propio (Kenichi; 1999: 9). Se genera así un sentimiento de arrogancia y discriminación, elevando a niveles supremos el desempeño propio nacional y evocando el liderazgo económico japonés como un ejemplo para el mundo moderno. La misión nacional del Japón queda, por lo tanto, demarcada a través de su poder económico que dicta las nuevas bases para la expansión nacional, sólo que esta vez la batalla es por los mercados y los recursos necesarios para la producción (Ryúhei; 2001: 175-176).

Evidentemente, Japón se negó a articular una ideología política diferente a aquélla heredada de la post-guerra, pues se mantuvo atado a principios no-militaristas y neoliberales que le han logrado su gran poderío económico (Hook et. al.; 2001: 11). No obstante, existen también grupos nacionalistas que, argumentando que el nuevo perfil adquirido tras la ocupación no es más que el resultado de la importación de ideas y principios ajenos a la cultura japonesa, han tenido a bien oponerse a los lazos e imposiciones de Occidente evocando la singularidad nacional. Estos grupos se oponen, principalmente, a las consecuencias que el rápido proceso de industrialización y modernización nacional ha heredado al Japón; perciben pues que es en el *kokutai* japonés en donde se encuentra la respuesta para superar la degeneración social y el daño ambiental que la adopción de los principios occidentales ha generado. A partir de ello propone la revalorización de la cultura e historia del Japón, poniendo especial énfasis en las enseñanzas del *kokugaku* y del *nihonjinron* (Yoshino; 1992: 203).

Este segundo tipo nacionalismo, conocido como nacionalismo de resurgimiento, se manifiesta con diferente magnitud acorde con el momento y fenómeno que le evoque (Ryúhei; 2001: 179). Ya de ello que, muchas veces, consienta ideas de supremacía y dominio –especialmente en cuestiones territoriales- o bien, de cohesión y lealtad.